

LO NUESTRO

Diálogos con Diana

JUAN CARLOS REMON

El secuestro del señor Revilla, ex fabricante de chorizos, andaba en las primeras páginas de los diarios; la preocupación gubernamental era manifiesta y el cabrero nacional, patente. Se afirmaba rotundamente que se rompían las conversaciones con ETA.

—Pues mira tú que bien. ¿Pero es que alguno de nosotros conocíamos el inicio de tales conversaciones?

El tema, para Diana, parecía ir de chacina.

—¿Has visto? Un industrial en Dehesa de los Caballeros, Cáceres, que es Extremadura, cierra el negocio de embutidos por tiempo indefinido dados los continuos robos a los que se ve sometido.

—Bueno, Diana, la seguridad ciudadana se va consolidando pasito a pasito y, por el momento, la cooperación existente entre España y Francia...

—Vamos, que ahora y de repente nos besamos en la boca con los gabachos.

—Bien, en términos gráficos como tú lo expresas se puede aceptar la definición.

—Ya. Y al señor Segundo Caldito, de Dehesa de los Caballeros, charcutero por más señas, le van a venir con el cuento de la cooperación hispano - francesa cuando

desde los Seis Mil Hijos de San Luis no ha existido y mira que hace tiempo de eso, que una sabe de historia.

—Por favor, no desbarremos.

—¿Será desbarrar que en seis meses don Segundo Caldito haya tenido seis robos? ¿Será desbarrar que en contactos argelinos se llegue a un secuestro? Quizás se trate de la teoría del mal menor: Si con contactos se ha llegado a secuestro, sin contactos habríamos tocado a explosiones no selectivas. ¿Se califican así?

El tema se complicaba para el sufridor que, conociendo cómo se las gasta Diana, intentaba centrar el tema, pero la consorte insistía:

—Lo triste es que, en el diario de la misma fecha en el que se anuncia la decisión de don Segundo Caldito de cerrar su negocio aparecen unas declaraciones del titular del Juzgado número dos, de Badajoz, en las que afirma: «No es verdad que los delincuentes entren por una puerta y salgan por otra».

—Nada tiene que ver con lo que discutimos.

—¿No? Voy a echar cuentas. Una de dos: O ha aumentado la delincuencia de forma importante o, por el contrario, el porcentaje no se ha incrementado sino que va rotando. Algo así como el salgo yo y robo, entras tú y descansas;

entro yo, sales tú, etcétera. Mientras, la policía manifestándose, los juzgados atascados, las cárceles a rebosar y en nuestra casa, que no tenemos un duro, nos vimos sorprendidos —que no sorprendimos— por un chaval metido en nuestro dormitorio con un detector de metales. Algo no me cuadra. ¿Hay más delincuencia o hay más trágala siendo la delincuencia la misma?

Diana se había puesto en plan intelectual lógico y a uno no le alcanzan sus conocimientos para responder a tantas interrogantes.

—¿Están dentro los que son? Entonces habría menos delitos. ¿Hay más delitos? Entonces no están dentro todos los que son.

¡Cataplum! Se le cruzaron los cables al entrevistado, que no al interlocutor. El remate final fue de bodequo fino.

—Esto me recuerda los ejercicios del colegio cuando nos hacían construir un dilema sobre la frase «Juan afirma que los monos ven crecer la hierba» y nosotros respondíamos que, o bien Juan había sido mono, o bien los monos se lo habían contado a Juan. O el Gobierno ha sido oposición y conoce el tema de la seguridad, o la oposición se lo ha contado al Gobierno. ¿No crees que es así?

—Vale.

sencias vivas ponen de manifiesto a esos protagonistas tan necesarios en el mundo de hoy. Si es verdad que en esta vida estamos de tránsito, ellos con su actitud, nos están dando una lección de convivencia en este mundo de prisas y sobresaltos.

Pronto estaré de nuevo en Cáceres. Volveré si Dios quiere a pasear junto al maestro, sin prisas, sin agobios, saboreando el placer del paseo por la «Ciudad Monumental» o por «Pintores», conversando de recuerdos, ya lejanos, pero no olvidados, contemplando fachadas, torres y blasones, y, como seguramente será en primavera, terminaremos nuestro paseo en «Cánovas» allí nos embriagaremos de fragancias y frescuras, pues para entonces, las rosas adornarán con su presencia el hermoso jardín cacereño y yo volveré a descubrir una vez más al hombre, al amigo y al maestro.

dad de volver a pasear con él. «Cánovas» y «Ciudad Monumental» fueron los lugares escogidos; lugares todos ellos propicios para el sosiego y la tertulia; lugares donde el sentimiento y la palabra se funden en poemas y el alma se envuelve de silencios. Testigos mudos de nuestra presencia, fueron las piedras milenarias de palacios, iglesias y conventos, las brisas lozanas de recodos en calles solitarias y las fragancias del hermoso «Paseo de Cánovas».

Quisiera, con este breve comentario, rendir un homenaje de admiración y respeto a todas las personas que, como mi maestro, conservan la buena costumbre de pasear y charlar por tan bellos rincones. Sus pre-



Artes de pesca desaparecidas en Extremadura

JOSE M. OTERO FERNANDEZ

El hombre, predador obligado desde sus orígenes, por exigencias de subsistencia, practicó la caza y la pesca como oficios únicos para el aporte proteínico a su cotidiana dieta alimenticia.

El extremeño no era distinto y de nuestras abundantes arterias fluviales obtenía la pesca de las especies que en ellas vivían. El bordallo, la anguila, el cachuelo... eran algunas de las más exquisitas, hoy casi desaparecidas por la «re población» insensata de especies foráneas.

Los procedimientos de pesca, como es fácil suponer, eran completamente elementales. Hoy, raramente vemos todavía a algún pastor, que se vale de estas «artes» en los riachuelos próximos a su majada, para variar un poco su monótona dieta. Veamos algunos de estos rudimentarios sistemas:

A mano: El más conocido y primitivo. Consiste en ir escudriñando con ambas manos, cuevas, piedras, raíces... tapando a los peces sus posibles salidas para capturarlos. Había verdaderos expertos que obtenían así cantidades muy considerables de peces pues en las «tablas» que frecuentaban conocían a la perfección hasta el más insignificante agujero.

Otro sistema muy usado en charcos cortados poco profundos era el de «embarrar el agua». Para ello, varios pescadores, comenzando por uno de los extremos del charco, hundían las ovas, juncias y demás plantas acuáticas hasta el fondo y las iban arrastrando de extremo a extremo, enturbiando a la vez el agua y obligando a los peces a ir avanzando reduciéndoseles poco a poco su espacio vital.

Cuando se llegaba a la otra orilla, la pesca concentrada en poquisimo trecho saltaba a tierra por la falta de oxígeno a causa del total embarrado del agua y del escaso espacio. El resto era cogido fácilmente con las manos.

Con cal: Otro procedimiento también muy utilizado, igualmente elemental pero eficazísimo.

De las innumerables caleras que en casi todos los pueblos extremeños existían se aprovisionaban de varios «terrones» de buena cal viva.

Metida en un costal bien atado, era introducida en las aguas de charcas o «tablas» cortadas y movida durante algún tiempo por todas las partes hasta que la cal se apagaba. Inmediatamente la superficie del agua se llenaba de peces, ranas, galápagos, culebras... que no habían podido resistir la falta de oxígeno.

Este procedimiento, aparentemente cruel, no perjudicaba en

exceso a nuestros ríos pues las aguas con la cal se limpiaban de impurezas y la fauna era nuevamente restablecida con la primera crecida. Por esta razón gozó durante mucho tiempo de una total impunidad.

Copn «gordolobo»: Este sistema es el más reprobable pues solía acarrear serios peligros a los animales que abrevaban en nuestros ríos.

El «gordolobo» o «verbasco» es una especie vegetal abundantísima en Extremadura. Se trata del *Verbascum thapsus* o del «*Verbascum pulverulentum*» de la familia de las Escrofulariáceas, con características similares, que crece en terrenos secos, baldíos y en praderas calizas.

Sus componentes narcóticos y alucinógenos son el motivo de su uso peligroso y fraudulento.

Los largos rabos, repletos de apretadas semillas, se ataban en hacillos y se repartían por todo el charco, introduciéndolos también en las cuevas.

En pocos minutos aparecían muertos flotando en las aguas toda clase de animalito. Las aguas «envarbascadas» durante algún tiempo que daban peligrosamente «ewmpoñadas» por lo que fue siempre perseguido este desaprensivo procedimiento, no sólo por los vigilantes oficiales, sino por el propio vecindario.

También se utilizaba de igual forma el «beleño» (blanco y negro), este último peligrosísimo. Se trata del «*Hyoscyamus albus*» y del «*Hoscyamus niger*» de las solanáceas, igualmente abundantísimo en Extremadura y mucho más peligroso que el «gordolobo» por sus potentísimas cualidades narcóticas y alucinógenas. Fueron muy usados, por ello por las brujas en la antigüedad pero, de esto, ya nos ocuparemos en otra ocasión.

Con cesta: Era uno de los más inofensivos procedimientos.

Nuestros excelentes artesanos de la mimbre hacían unas cestas parecidas a las nasas actuales para la captura de la langosta. En uno de sus extremos tenía una tapadera y en el otro una entrada en forma de embudo que remataba en unas puas hacia dentro.

En su tapadera, por la parte interior, se pegaba masa de pan, se introducían varias piedras para que se hundiera y atada a una larga cuerda se introducía en el agua.

A los diez o quince minutos se sacaba repleta de pececillos que por miedo no se atrevían a salir por la boca.

Un paseo por Cáceres, junto a mi maestro

FRANCISCO MARTINEZ BULNES

Son muchas las veces que vuelvo a Cáceres en vacaciones, y muchas también, las veces que mis amigos de Madrid me han oído hablar de mis gratos paseos con el que fue y sigue siendo mi maestro, don Enrique Carrillo Arias, por tan histórica ciudad.

Era yo aún muy niño cuando ya veía pasear a don Enrique por la carretera que da acceso a mi querido pueblo de Ibañero, pues era en éste donde ejercía su labor educativa allá por los años cincuenta. Recuerdo perfectamente, como los niños de entonces, interrumpíamos nuestros juegos infantiles y corríamos presurosos a darle las «buenas tardes» con cariño y respeto.

Han pasado muchos años, mi maestro, ya jubilado, aún conserva la buena costumbre de pasear. No parece que el paso de los años le haya mermado su capacidad física para hacerlo. Sigue firme, con paso decisivo a la cita diaria del paseo. Yo procuro, cuando estoy en Cáceres, buscarle y acompañarle. Es una fuerza interior la que me empuja hacia él, que no sé ahora diferenciar si es el efecto a aquel maestro que forjó mi infancia o la admiración por este hombre radicalmente puro que he conocido años después.

En mis cortas vacaciones de Navidad, he tenido la oportuni-